

Juan Carlos Rodríguez González

PSALMS 55-58

635

PSALM 57

To the chief Musician, Al-taschith,
Michtam of David, when he fled from
Saul in the cave

BE merciful unto me, O God, be
merciful unto me: for my soul
trusteth in thee: yea, in the shadow
of thy wings will I make my refuge,
until these calamities be overpast.

2 I will cry unto God most high;
unto God that performeth all things

from heaven, and
approach of him
me up. Se'lah.
his mercy and

g lions: and I lie
that are set on
of men, whose
and arrows, and
sword.

O God, above
glory be above

red a net for my
ved down: they
ore me, into the
are fallen them-

ed, O God, my
sing and give

glory; awake,
I myself will

O Lord, among
sing unto thee

s great unto the
ruth unto the

O God, above
glory be above

58

Al-taschith,
David

righteousness,
o ye judge up-
men?

work wicked-

El Club y los poemas inflamables

Letrame
Grupo Editorial

© Derechos de edición reservados.
Letrame Editorial.
www.Letrame.com
info@Letrame.com

© Juan Carlos Rodríguez González

Diseño de edición: Letrame Editorial.

ISBN: 978-84-18344-81-7

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida de manera alguna ni por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del editor o del autor.

Letrame Editorial no tiene por qué estar de acuerdo con las opiniones del autor o con el texto de la publicación, recordando siempre que la obra que tiene en sus manos puede ser una novela de ficción o un ensayo en el que el autor haga valoraciones personales y subjetivas.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)».

El Club de los autores de los libros de texto

Me llamo Guillermo y hace tres años que trabajo como puente de comunicación a tiempo completo entre El Club y el mundo exterior. Cuando descubrí que los grandes autores de la historia convivían en un lugar secreto custodiando las obras literarias de todos los tiempos y preservándolas para toda la humanidad, mi vida cambió por completo.

Durante los primeros días no encontraba mi lugar y visitar El Club era más bien un juego adolescente, hasta que uno de los autores vio en mí y en otros como yo una amenaza para la élite de aquella institución.

Cuando George Orwell intentó encerrarnos a Cecilia y a mí en la cárcel para evitar que El Club siguiera manteniendo contacto con el mundo exterior, los autores se vieron inmersos en una guerra que estuvo a punto de terminar con la literatura tal y como la conocemos. Afortunadamente, Jane supo anticiparse al desastre y dejó en mis manos una pluma de ganso que me permitió reescribir el tiempo de aquella batalla y avisar al resto de autores de cuáles eran las cuestionables intenciones de Orwell para con El Club y su misión antes de que nadie resultara herido.

La novela que dejé como advertencia para el resto de autores sirvió para que El Club me considerara como candidato a ser uno de sus miembros vitalicios. Sin embargo, yo no estaba seguro de querer aceptar aquella invitación y decidí dejarla en suspense. El éxito de aquella obra me sirvió para comenzar una nueva vida, al menos durante el año siguiente.

Ahora mismo me dedico a ser columnista en un periódico provincial mientras lidero el proyecto Decablós a tiempo completo junto a Cecilia, dirigidos por Jane y Charlotte, probablemente las tres mujeres más talentosas que he conocido nunca (con el permiso de Gloria y mi hermana).

Los miembros de El Club son personas fascinantes y maestros de las letras que viven con una única misión: salvar los libros de quienes osen atacarlos. El precio que pagaron para poder llevar a cabo semejante empresa fue vivir la eternidad perseguidos por las obras que ellos mismos escribieron lejos de los

lectores mortales.

Trabajar para El Club es una experiencia fascinante si adoras los libros tanto como yo. Y mucho menos peligroso en los últimos años desde que Orwell fue juzgado y aislado por atentar contra la literatura y los miembros de El Club. O al menos eso creía hasta que una ola de atentados comenzó a azotar Occidente y Thelma J. Parker tomó las riendas de la quema de libros más letal del siglo.

Los nuevos

Dos nuevos puentes se habían incorporado al proyecto Decablós en El Club, un sistema creado por Giovanni Boccaccio y James Joyce para captar lectores extraordinarios que pudieran trabajar para El Club como conexión entre la Biblioteca Central y el mundo de los lectores.

Mi relación con Cecilia, la ya colíder del proyecto, había mejorado muchísimo después de que ella descubriera que en otra línea temporal le había salvado la vida sin rechistar y, a su vez, sus posibilidades de formar parte de la única realidad que concebía: ser miembro de El Club.

Ese era el sueño de Cecilia. Su relación con los libros era algo que superaba el amor por la literatura. Durante toda su infancia en hogares de acogida, la única escapatoria para ella fueron las obras clásicas que acumulaban polvo en las estanterías. El hecho de haber conseguido una llave del proyecto Decablós que la reclutara en esta organización no era solo su mayor deseo, sino un milagro caído del cielo.

Con el paso del tiempo se hacían más comunes las misiones en busca de manuscritos o rescatando borradores de textos que los autores consideraban necesarios para el transcurso de la historia. El Decablós se había convertido en algo más que un experimento, era una necesidad para facilitar que El Club siguiera cumpliendo con su misión de protección y conservación de textos. Yo había ganado soltura en los retos físicos y Cecilia no era tan independiente como en nuestras primeras aventuras. Habíamos aprendido a convivir y a respetar nuestras habilidades, lo cual sería una gran ventaja antes de conocer a nuestros nuevos compañeros.

A los nuevos les costó horrores asimilar que Jane Austen y Charlotte Brontë eran sus tutoras en el proceso de formación como invitados en El Club. El *look* moderno de Jane y la imagen tradicional de Charlotte no naturalizaban el proceso, pero el Consejo había decidido que eran las mejor cualificadas para hacer frente a esa tarea (tanto Gio como Lewis no parecían demasiado responsables como para tener contactos a su cargo).

El Consejo había modernizado el Decablós dotando a los puentes con un amuleto que facilitaría su comunicación fuera de las instalaciones de El Club. Fue el propio Tolkien quien se encargó de crear los portaminas de Babel, unas pequeñas cápsulas que a modo de colgante podían utilizarse en el mundo exterior para contrarrestar los efectos de la fusión de lenguas que se producía entre todos aquellos que pisaban El Club. De esta manera, todos los puentes podían comunicarse perfectamente dentro y fuera de las fronteras de El Club, independientemente de la nacionalidad que se mostrara en sus pasaportes.

La primera en llegar fue Diana, una dependienta en una tienda de ropa en Helsinki y fanática de las novelas de misterio. Diana debía de rondar la cuarentena cuando encontró su llave a El Club en un tomo perdido de *Los viajes de Gulliver* extraviado entre la colección de Sherlock Holmes que intentaba releer por decimoquinta vez. Su larga melena rubia y su piel pálida la hacían destacar entre los miembros de El Club como una de las pocas presencias claramente nórdicas del lugar.

El segundo en llegar fue Jonás, un chaval argentino de diecinueve años que no podía haber llegado a nosotros por más obras de la casualidad. Jonás era estudiante de arquitectura y nunca había leído una obra de ficción fuera del colegio. Él solo entendía de edificios y puentes. Curiosamente, él acabó convirtiéndose en esto último. Diana era mucho más abierta y sensata a la hora de acatar órdenes, pero Jonás siempre iba un paso por detrás. En una ocasión, Charlotte lo envió junto a Cecilia en busca de unos ejemplares perdidos de una obra en portugués que aún no había sido terminada. Mientras Cecilia distraía a los guardias de seguridad de la biblioteca de Oporto, Jonás se dejó ver por todas las cámaras de seguridad y sustrajo cuatro ejemplares de la *Eneida* creyendo que aquellas páginas en latín eran portugués antiguo. Evidentemente, nadie pudo reprocharle la creencia aunque sí su torpeza.

Cecilia nunca había sido muy tolerante con la torpeza, pero prefería trabajar con Jonás antes que conmigo o Diana, quienes mostrábamos mayor resistencia a seguir sus indicaciones y sacábamos a relucir cierto criterio propio. Por mi parte, siempre me he sentido afortunado al trabajar con Diana. No solo era sensata sino que tenía un don de gentes inesperado tras su semblante serio que le hacía conseguir cualquier cosa con extrema facilidad. Diana me recordaba a Jane: práctica y pragmática. Tenía clarísimo que sus objetivos eran proteger los textos y servir a la literatura, y los cumplía a

rajatabla.

El proyecto Decablós nunca había contado con tantos invitados que sirvieran de puentes para El Club, lo que suponía una clara ventaja a la hora de afrontar los retos que provocaba el colapso tecnológico: borradores que no llegaban a su destino por correo electrónico, manuscritos olvidados en oficinas por pura frustración, contratos de edición que jamás llegaron a cumplimentarse por fallos técnicos... Los puentes estaban llamados a provocar situaciones casuales que reubicaran los textos y obras en el punto exacto para que pudieran ejercer su función en el mundo en el presente o el futuro.

En ocasiones El Club podía resolver los problemas desde dentro a través de sus salas de ordenadores y las incontables conexiones que tenían con el exterior. Sin embargo, situaciones desesperadas requerían medidas desesperadas. Nosotros éramos esas medidas.

La crisis política

Gloria y Federico pasaban el día conectados a la televisión. Eran ellos quienes transmitían al resto lo que sucedía en los debates electorales, como si de reporteros en prácticas se tratara. Sin duda alguna, un debate electoral moderado por Gloria Fuertes y Federico García Lorca rompería récords de audiencia.

El mundo sufría una crisis ideológica y el epicentro político internacional eran las elecciones europeas. No resulta difícil imaginar que en El Club, un lugar en el que conviven personas de diferentes épocas y países, se encontrara una mezcla inverosímil de orientaciones políticas. Nadie daba su opinión abiertamente. No se atrevían a confesar si eran de izquierdas o de derechas; comunistas o conservadores. Todos ellos mantenían sus ideales políticos en secreto. Aunque todos ellos compartían el mismo miedo.

—¿Qué, Gloria? ¿Algún sondeo nuevo?

—Espero que sean solo eso, sí. Sondeos... —Siempre contestaba usando la misma frase y la misma cara de preocupación.

Yo fingía no estar preocupado. Nunca había sentido gran interés por la política y creía que las decisiones que se tomaban en las altas esferas no me afectaban en absoluto. He de reconocer que solo leía los programas electorales dos días antes de las elecciones por el respeto que me generaba el derecho al voto. Sin embargo, durante aquellas elecciones europeas, tal y como las viví desde El Club, era inevitable sentir cierto temor desde el estómago.

Un nuevo partido político en auge, el SHOOT, se dedicaba a exaltar el odio hacia los libros y la libertad de expresión. Meses antes de las elecciones, grupos de personas se movilizaban prohibiendo el uso de ciertos libros en centros de estudios y bibliotecas públicas. Los movimientos pasaron de anecdóticos a multitudinarios y se extendieron por toda Europa, llegando a afectar a algunos países de habla hispana en Latinoamérica y con escasa aunque destructiva presencia en Estados Unidos y Canadá.

Las movilizaciones preocupaban a El Club por los efectos que estas provocaban en la difusión de textos clásicos, aunque el pánico irrumpió en el consejo cuando algunos radicales comenzaron las primeras quemas indiscriminadas de libros al sur de Alemania.

—Algunos no morimos luchando por la libertad para que ahora estos tiranos quemen nuestros libros —criticaba Federico mientras observaba las imágenes en las noticias.

Parecía impensable que SHOOT pudiera tener presencia política en Europa. De hecho, los medios los trataban como delincuentes hasta la presentación oficial de su líder: Thelma J. Parker.

He de reconocer que, si no detestara de principio a fin todos y cada uno de los ideales políticos que defiende SHOOT, votaría por Parker en cualquier candidatura. Parker era una señora entre los treinta y cuarenta años de edad. Quizás cincuenta. Digamos que pertenecía a todas las épocas y a ninguna. Era una mujer de tez pálida, alta y esbelta, con una melena rubia siempre suelta y arreglada. Era una maestra de la dialéctica. Al oírla hablar, el mundo creía que llevaba razón, aunque todo fueran mentiras, miedos infundados y falsas premisas. Ella creía en lo que decía y eso le bastaba.

Parker hablaba en los medios y afirmaba que las obras clásicas pervertían a la sociedad y estaban provocando una oleada de crímenes que solo frenaría una drástica censura. Todo comenzó con los acuchillamientos de Copenhague. Según SHOOT, un club de lectura clandestino habría propiciado que un grupo de hasta diez lectores, influenciados por la obra *El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde*, desarrollaran un trastorno disociativo de la identidad, que los invitaba a ser adorables padres de familia de día y asesinos en serie de noche. La policía de Copenhague atrapó a los integrantes de la banda en una de sus veladas de lectura y psicólogos profesionales confirmaron el trastorno. Las televisiones de medio mundo se hicieron eco del arresto y SHOOT aprovechó la publicidad gratuita para vender sus políticas.

Desde entonces Parker comenzó a liderar una de las campañas más fuertes de este siglo y El Club temía que sus amenazas hacia los libros trascendieran las palabras.

La biblioteca de Turín

Los seguidores de SHOOT cada vez hacían más ruido. Los medios los seguían a todas partes y la policía no daba abasto con todos los incidentes que provocaban. El Club tuvo que actuar de manera extraordinaria en uno de ellos tomando una decisión inaudita hasta el momento: enviar a los cuatro puentes a una misión en grupo. Cecilia, Diana, Jonás y yo viajamos hasta Turín a través de una de las puertas de El Club. Cecilia dirigió la expedición hasta la biblioteca de Turín, donde los radicales de SHOOT habían incendiado toda la colección de obras de la primera planta.

Cecilia no había hablado desde que salimos de El Club. Nos guió en silencio hasta la biblioteca y corrimos hasta la tercera planta. Era evidente que estaba afectada. Aquella era su biblioteca y allí mismo había encontrado la puerta que la llevó a El Club. No solo estaban ardiendo obras, sino todos sus recuerdos, la pasión de su vida.

—¿Estás bien, Cecilia? —preguntó Jonás.

Ella hizo oídos sordos.

—El archivo histórico está al fondo de la tercera planta. Debemos llegar ahí antes que los estúpidos de SHOOT. Charlotte ha dicho que hay tres manuscritos originales que debemos poner a salvo. Si los hacen arder, se perderán para siempre.

—¡Adoro los archivos históricos! Son cápsulas de misterios sin resolver —añadió Diana emocionada.

—Admiro tu entusiasmo, pero no confundas una misión con un viaje de ocio. Especialmente cuando hay una muchedumbre incendiaria dos pisos más abajo —le aclaré.

Se oían pasos y cómo caían los primeros libros en la segunda planta.

—¡Chicos! ¡Chicos! ¡Están aquí abajo! —dijo Jonás asustado.

Cecilia se apresuró a forzar la cerradura y cerramos la puerta tras nosotros. Cuatro estanterías tan altas como la propia habitación dominaban el centro del archivo de la biblioteca. Comprobamos la lista que nos había facilitado El